

dudar, sólo recoge parte de la personalidad de Güiraldes. En efecto, se alude a la muerte en otros dos textos dedicados a la crucifixión de Cristo (*O.C.*, p. 541) en los que es trascendida por una visión panteísta del mundo (p. 525), por un arrebató hacia lo infinito de Dios (p. 523) o por la aspiración al éxtasis místico (p. 522; p. 524). Dada la índole de *Don Segundo Sombra*, tales dimensiones de la idea de la muerte difícilmente podían encontrar cabida en la novela. Sin embargo, vibra en numerosos pasajes del libro una percepción panteísta del universo, cantando en ellos el autor, de modo lírico, la fusión del protagonista y de la naturaleza.

Leyendo *El Sendero*, no podemos dejar de establecer correlaciones entre ciertos pensamientos de este diario y varios aspectos de *Don Segundo Sombra*, por la evidencia de las concordancias. Por cierto, sólo los doce primeros párrafos —de la página 517 a la página 521— corresponden al período de redacción de la novela. No obstante, resultan irrefutables las convergencias entre *El Sendero* en su conjunto y la obra maestra de Güiraldes. ¿Cómo no establecer paralelos cuando el mismo autor nos invita a hacerlo? En 1924, escribía en su opúsculo: «El programa de mi vida se irá perfeccionando, por ahora me propongo: Cumplir mi obra literaria, encauzándola cada vez más en la vía de mis anhelos de espiritualización» (*O.C.*, p. 521). Como, en dicha fecha, se dedicaba fundamentalmente Güiraldes a escribir *Don Segundo Sombra*, parece impensable que sus concepciones espirituales no hayan influido en el proceso creador de la novela. Notemos que, en agosto de 1926, siempre en *El Sendero*, reincide en igual punto de vista, descubriendo el interés capital que le merecía: «Desde hace ya unos años, sólo las lecturas espiritualistas me interesan. Lógico que mis escritos tomen el mismo tema como eje» (*O.C.*, p. 521).

En base a estos presupuestos, ¿cómo no advertir las aspiraciones paralelas de Güiraldes, tras de su conversión, y la de su héroe, Fabio? En 1924, se expresa con perfecta nitidez la ambición del poeta en *El Sendero*: «Me propongo adueñarme de mí mismo y entrar en el callejón que me conduzca a la meta de un YO mejor» (*O.C.*, p. 524). Estos dos proyectos son también los de Fabio, en la novela. Igual que Güiraldes, aspira Fabio a un «YO mejor»: llegar a ser un verdadero gaucho, a

imagen y semejanza de su maestro, Don Segundo. Sabido es que, en lo esencial, describe la obra ese «camino de perfección» que hará del guacho un gaucho. La formación gauchesca se define como una formación completa que, progresivamente, le inculca los conocimientos prácticos del gaucho pero también y ante todo sus cualidades morales y una filosofía vital. La primacía de los valores éticos destaca en el desenlace. En el momento en que Fabio teme angustiosamente dejar de ser un gaucho por haber heredado una estancia, le tranquiliza su padrino: su cualidad de gaucho no pende de su posición social sino que se funda en su adhesión a ciertos valores (p. 210).

El otro anhelo espiritual de Güiraldes: llegar a ser dueño de sí mismo también lo encontramos, céntrico, en la novela. Lo que Fabio admira más en Don Segundo es el perfecto dominio de sí mismo y, en este punto, igual que en otros varios, intenta imitarlo, igualarlo. Desde los primeros capítulos, la sangre fría de Don Segundo se da a conocer, primero frente a las provocaciones verbales del tape Burgos y, después, ante su agresión criminal (páginas 13 a 15). Otros dos ejemplos ilustran la impasibilidad absoluta, inmutable, del héroe: primero, en el capítulo XIV, al enfrentar a un policía y un comisario; luego, en el capítulo XXIII, desafiando al amo del boliche, una «fiera» ebria —p. 189-190—. Fabio, en cambio, no consigue dominar sus impulsos o sus pasiones y sufre de ello. Se reprocha a sí mismo su debilidad e intenta combatirla. Es lo que ocurre, en particular, tras su duelo con Numa, después de separarse de Paula o cuando Pedro Barrales le habla en tono tan obsequioso que se pone furioso y le desafía, un duelo que aborta gracias a la calma olímpica de Don Segundo y a su ascendiente en su discípulo. Don Segundo y Fabio parecen traducir dos caras de la personalidad de Güiraldes: Don Segundo encarna su sueño de un total control de sí mientras que Fabio proyecta su conocida impulsividad, su vulnerabilidad¹¹.

¹¹ Sarah N. Parkinson liga esta aspiración de Güiraldes a sus lecturas hinduistas:

«...el interés de Güiraldes en esta época por las obras sobre yoga hace pensar que la necesidad de dominarse se la sugirió esta fuente.»

«Ricardo Güiraldes: su proceso espiritual», Cuadernos Hispanoamericanos, 423, 1986, p. 54-55.

Otro pensamiento de *El Sendero* aclara ciertas dimensiones esenciales de *Don Segundo Sombra*, descubriendo hasta qué punto se ha plasmado en la novela el genio profundo de su autor: «Sólo nuestra voluntad puede encauzarnos hacia nuestra propia creación. Debemos crearnos a nosotros mismos: Para ser dos veces nacidos, es necesario que seamos nuestra propia madre... El segundo nacimiento es el único consciente, el único que obedece a nuestra propia voluntad» (O.C., p. 527-528). Este juicio lleva la fecha de abril de 1927 o sea tras la publicación de *Don Segundo Sombra* de lo que se infiere que, si sólo entonces se da su enunciación, corresponde de hecho a una convicción que, desde tiempo atrás, había arraigado en el novelista argentino.

Tal ambición prometeana estriba en la fe en la libertad y la voluntad humanas. Efectivamente, *Don Segundo Sombra* constituye un himno vibrante a la libertad y a la voluntad. Si Fabio, en cuanto conoce a Don Segundo, sólo ambiciona convertirse en un genuino gaucho, es su pasión de la libertad la que le abre las puertas de una nueva vida en la que se forjará su personalidad. Al huir de la casa de sus tías, exclama: «Sentíame en poder de un contento indescriptible y me reí de inmenso contento, me reí de libertad» (p. 19). Esa vida nueva, con una larga sucesión de pruebas iniciáticas, le permite a Fabio ejercitar y endurecer su voluntad, herramienta clave en la formación del hombre nuevo con el que sueña. Es por la mediación del sufrimiento, físico o moral, por la que Fabio se va convirtiendo en un gaucho, con los modelos a la vista de su padrino y de los reseros.

Otros ejemplos podrían aducirse para corroborar la ósmosis entre las preocupaciones espirituales de Güiraldes y la ficción¹². Se podría en particular recordar el principio de armonía enunciado insistentemente en *El Sendero* el cual, en *Don Segundo Sombra*, da lugar a pasajes inspirados en los que se canta la fusión del hombre y de la naturaleza.

Antes que profundizar tal línea de investigación, nos parece más sugestivo detenernos en una contradicción de la personalidad de Güiraldes, patente si comparamos las obras póstumas y *Don Segundo Sombra*.

Se da el caso de que el mismo hombre que, en sus obras póstumas, enaltece la búsqueda de Dios, de lo

absoluto, del amor, de la solidaridad, del espíritu de sacrificio y deplora los horrores de la guerra, adopta una actitud muy distinta en *Don Segundo Sombra*. En el plano de lo imaginario, es la violencia la que campea, ya se trate de los hombres, de los animales o de los elementos. ¿Por fidelidad al mundo gauchesco? Sólo en parte, a lo que parece. El novelista argentino experimenta inequívoca fascinación hacia las escenas de violencia, numerosísimas en la obra. Así dos escenas de duelo a cuchillo se transcriben extensamente, especialmente la que concluye con la muerte del adversario de Antenor (p. 190-194). No oculta el narrador que Don Segundo ha sido involucrado en frecuentes reyertas pero, de modo significativo, se subraya que nunca mató a nadie, como si intuyera Güiraldes que la sangre derramada empañaría la imagen del héroe. En la novela, siempre triunfa Don Segundo de sus contrincantes por su autoridad natural o su inteligencia. El que incite a Antenor a recoger el guante del foráneo da muestra de que, así y todo, para él, el honor exige que se le defienda acudiendo a las armas, aun cuando desaprobaba el fatal desenlace del duelo.

En cuanto a Fabio, se le ve incapaz de dominar un acceso de cólera homicida contra uno de sus mejores amigos, Pedro Barrales. La afición a la violencia se percibe también con excepcional intensidad en el trozo célebre de la riña de gallos (p. 92-95) en el que, simbólicamente, confiesa el protagonista apasionarse tanto que hasta se identifica con el gallo en el que había apostado (p. 93). La pasión de Güiraldes por las riñas de gallos es muy conocida. En una carta a Valéry Larbaud de 22 de octubre de 1922, en la que evoca su estancia en Salta, escribe: «¡Qué maravilla el reñidero de gallos, al que iba todos los domingos!» (O.C., p. 747). Tampoco puede dejarse de mentar la escena en que Fabio da

¹² Guillermo Ara ha puesto de manifiesto algunas coincidencias entre *Don Segundo Sombra* y *El Sendero*:

«El sufrimiento es motivo constante en *Don Segundo Sombra* y muchos lugares de *El Sendero* parecen comentar pensamientos de Fabio cuando se dice a sí mismo: «Primero el cuerpo sufre, después se azonza y va sin tomar parte adonde uno lo lleva...» Reflexión que termina así: «Y al final se vence siempre». Y otros motivos que acompañan a éste son comunes en los dos libros: la infancia, la soledad, el destino del hombre y el pensar como río en su corriente.»

Ricardo Güiraldes, Buenos Aires, 1961, p. 331.

muerte a un toro, tras un enfrentamiento dramático (p. 133-136).

Se da igual agresividad entre los animales. Se recuerda que, empujada por ciega violencia, una hacienda sedienta atropella los alambrados para beber en unos charcos: «Hasta los enredados no cejaban en su empuje a pesar de tajearse o caer de lomo» (p. 104). Unos toros bravos se pasan el tiempo enfrentándose o destripando a los caballos (p. 199-200). A menudo, también se desatan los elementos, lo que da pie a varias descripciones de tormentas dantescas (p. 60-62; p. 197-198). El mismo oficio de gaucho es indisociable de la violencia. Para imponerse a los animales que corren a su cuidado, los reseros se valen de la fuerza, los golpes; a propósito de un rodeo, leemos: «las atropelladas y los golpes llegaron a su máximo» (p. 128). Reivindica con orgullo el narrador ese derroche de brutalidad exaltando, en el primer rodeo, «un trabajo bruto y grande» (p. 118) y subrayando: «empezó el torneo bárbaro». El oficio de resero es magnificado como «el más macho de los oficios» (p. 40). La fuerza y la violencia, son dignificadas como atributos de la virilidad. Incluso en el dominio amoroso, incurre en agresividad el gaucho. Así, seducido por Aurora, Fabio intenta abrazarla por la fuerza (p. 36). En el baile, sus modos demasiado atrevidos le ocasionan un rechazo sin miramientos por parte de su pareja (p. 77).

Los análisis anteriores permiten sugerir algunas conclusiones. Desde su publicación, *Don Segundo Sombra* — como todas las obras cimeras— ha dado lugar a múltiples interpretaciones. En opinión de Lugones, se trataba de una novela verista que reproducía con exactitud el mundo gauchesco y que, por lo mismo, admitía un aliento épico. Según Leopoldo Marechal había que valorarla como una obra estética en oposición con Ramón Doll que la enfocaba ante todo desde un punto de vista histórico o sociológico. Por su parte, Hugo Rodríguez Alcalá privilegia la dimensión nacionalista de la obra. En este estudio, hemos adelantado otras hipótesis acerca del posible influjo de la enfermedad de Güiraldes y de su conversión espiritual en la gestación de *Don Segundo Sombra*.

De aceptar tales premisas, la génesis de la imagen del gaucho en la novela no se relacionaría tan sólo con la

percepción por Güiraldes del mundo gauchesco sino también y en gran parte con la obsesión de la muerte que le persigue desde 1921 y, sobre todo, con el papel clave que asumen en él sus aspiraciones espirituales, desde 1922 hasta su muerte en 1927.

Charles Lancha

Asedios a Roberto Arlt y Horacio Quiroga*

Este volumen reproduce —actualizada y corregida— la tesis de doctorado de su autora, presentada ante el Colegio de México en 1987. El estudio está centrado en las dos novelas más famosas de Arlt y consiste en cinco capítulos, un Epílogo y la Bibliografía. La Introducción sitúa y define las notas más visibles de estas obras: heterogeneidad, rechazo del realismo de su época (1920-1940), expresión de las obsesiones mayores de Arlt (escisión y desintegración del Yo, desquiciamiento del mundo representado, incomunicación y soledad de

* *Rose Corral*. El obsesivo circular de la ficción. *Asedios a Los Siete Locos y Los Lanzallamas de Roberto Arlt*. México: El Colegio de México. Fondo de Cultura Económica. 120 pp.

* Horacio Quiroga. *Los «trucs» del perfecto cuentista y otros escritos*. Selección, prólogo y notas: Beatriz Colombi y Danilo Albero-Vergara. Buenos Aires-Madrid: Alianza Editorial. 1993. 184 pp.